

SEMANA

REVISTA GRAFICA DE INFORMACION GENERAL

Año XXXIV • Núm. 1.728 • 31 de marzo de 1973

Edita: SEMANA, S. L.

Administración: 247 80 12. Suscripciones: 248 87 90.
Paseo de Onésimo Redondo, 24. MADRID-8.
Apartado 383.

Director:

LUIS GONZALEZ DE LINARES

Subdirector: JULIAN NAVARRO

Dirección artística: FRANCISCO ALVAREZ.

Jefe de Sección: HEBRERO SAN MARTIN.

Servicio fotográfico: JULIAN TORREMOCHA.

DEPARTAMENTOS DE PUBLICIDAD:

Madrid. Paseo de Onésimo Redondo, 22.

Teléfono 248 87 90.

Barcelona. Unión, 9. Teléfono 221 59 83.

Depósito legal: M. 911-1958.

Imprime: RIVADENEYRA, S. A.

Difusión media por número, controlada durante el período mayo

1971 a abril de 1972, 293.097 ejemplares.

Printed in Spain.



EN ESTE NUMERO

- Karina se casa con Tony Luz. (Págs. 3 y 4.)
- Boda de Queta Claver y Paco de Alba. (Páginas 10 y 11.)
- Elisa Ramírez y Arturo Fernández, juntos en televisión. (Pág. 14.)
- Audrey Hepburn vuelve al cine. (Págs. 16 y 17.)
- Pepe Rubio, un solterón empedernido. (Páginas 19 y 20.)
- Manolo, del Dúo Dinámico, estrena casa y profesión. (Págs. 30 y 31.)
- Ursula Andress cambia a Jean Paul Belmondo por Ryan O'Neal. (Págs. 32 y 33.)
- La vida secreta de Engelbert Humperdinck. (Páginas 36 y 37.)
- Tom Jones, un «tigre» con kimono. (Pág. 39.)
- Clint Eastwood, un duro silencioso. (Pág. 45.)
- La fabulosa Jackie Onassis. Capítulo XVI. (Páginas 48 y 49.)
- El torero Angel Teruel nos presenta a su novia, Lidia Dominguín. (Págs. 51 y 52.)
- Sierra Nevada, cita de personajes. (Págs. 66, 67, 69 y 70.)
- La moda. (Págs. 81 y 82.)
- El gran coleccionable «María Teresa de Austria, una reina española en la corte del Rey Sol».
- Las más variadas y sugestivas secciones.

Y los artículos de:

- Vintilla Horia, Luis G. de Linares, Alfonso Paso y Tono.

SEMANA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Semestre	Año
España y Portugal	375,—	750,—
Marruecos, Filipinas e Hispanoamérica... ..	400,—	800,—
Europa... ..	475,—	950,—
Resto del mundo... ..	675,—	1.350,—

Precio en Canarias (servicio aéreo): 18 pts.

Don que reside en provincia de remite por giro postal número impuesto en la cantidad de pesetas céntimos para suscripción por meses a la revista SEMANA.

de de 19.....

(Firma)

EN AQUEL CUARTEL DEL CONDE DUQUE



SE escribe mucho, estos días, acerca del destino del antiguo cuartel madrileño del Conde Duque, o del lugar que hasta ahora ocupa. Voy, simplemente, a evocar algunos recuerdos de un año de vida militar en el mismo.

El cuartel alojaba, entonces, a los Húsares de la Princesa y a los de Pavía. Yo pertenecía a la escala de complemento de los primeros. La elección del cuerpo se debió a mi pasión por el caballo, desde los años infantiles, y a la amistad familiar que nos unía al coronel del regimiento, Adolfo de Perinat.

Hay quienes sólo conservan el servicio militar recuerdos de las fatigas y de los constreñimientos que impone la disciplina. He tenido la suerte de que, por el contrario, mi memoria guarde en primer lugar la alegría deportiva del esfuero y la gran camaradería que se anuda en la vida comunitaria, y que el tiempo, desdichadamente, quiebra luego.

Ser soldado de Húsares no era situación confortable y regalada. Tenía que estar en el cuartel al toque de diana, y, como a esas horas, en el Madrid algo dormilón de entonces, no habían comenzado a circular ni tranvías ni metros, recorría cada mañana, a pie, los tres kilómetros y medio que separaban exactamente mi casa del Conde Duque. Aquello era, empleando un término deportivo, el pre-calentamiento adecuado a los ejercicios posteriores. Pero nuestro primer quehacer era limpiar el caballo, arma de guerra, igual que el sable y el mosquetón, con brusa y almohaza, hasta dejarlo más pulcro y reluciente que la cabeza de una dama después de una hora de cuidados peluqueros. Un año antes que yo, había ingresado en los Húsares de la Princesa José Antonio Primo de Rivera, y su padre, que estaba en el poder, había sugerido al marqués de Martorell, entonces coronel del regimiento, la conveniencia de acentuar la formación militar de los futuros oficiales de complemento, exigiéndoles más que a los demás soldados. Con estos alientos, que, por otra parte, no necesitaba, un sargento que teníamos en el segundo escuadrón, llamado Gómez, hombre ejemplarmente minucioso, metía las uñas a contrapelo por todas las reconditeces del caballo que le presentábamos, y si hallaba, en aquellas, trazas de caspa, de polvo o de barro, había que volver a limpiar el caballo, y otro más, y resignarse a pasar un domingo arrestado. Contra el inocente truco de alisar el pelo del caballo a fuerza de agua, para hacerlo

brillar, el sargento Gómez esgrimía, además del funesto arresto, una dialéctica convincente. Lo comparaba al también engañoso artificio de los hombres que daban a su pelo sucio apariencia acharolada a fuerza de un producto entonces de moda, llamado gomina argentina. Producto que, a juicio suyo, era propio de cantantes de tango, «castigadores» de cabaret y otras personificaciones de la decadencia y depravación reinantes.

En verdad, lo único realmente limpio del cuartel eran los caballos y las cuadras, aunque éstas albergaban a la más hermosa y robusta raza de ratas que he visto, afincada en el Conde Duque desde su construcción, a principios del siglo XVIII. Algunas tardes se instalaban en sillas tres o cuatro oficiales y, después de mandar retirar de los pesebres unos cuantos caballos, se jugaban una cena a quien más ratas cobrase con carabinas del seis. Las ratas debían de considerar este riesgo como un tributo inevitable a los hados oscuros que presiden su destino, a cambio de la vida regalona consentida a la comunidad. Lo peor eran los dormitorios. Un amigo mío, llamado Laplace, de quien había sido condiscípulo en el entonces Colegio Francés, de la calle del Marqués de la Ensenada, vino a verme al cuartel para que se lo enseñase. Nada más trasponer la puerta del dormitorio, cayó fulminado por el hedor, como caían los soldados de la primera Gran Guerra, cuando, desprovistos de careta, padecían ataque de gases asfixiantes. Hubo que bajarlo entre dos al patio, echarle agua fría a la cara, hasta que volvió en sí, y darle un par de copas de aguardiente para que pudiera regresar a casa por su pie. Yo, cuando me correspondía, de sargento, el turno de semana, bajaba subrepticamente a dormir a la cuadra, al lado de mi caballo, que se llamaba «Gallarna», un caballito bayo, de poca alzada, muy vivo y alegre, que tenía la particularidad de medir instantáneamente los conocimientos hípicos de quien lo montaba, sin más que sentir cómo se dejaba caer en la silla, y de desbarbararse de él con gracioso movimiento de lomo, si le consideraba indigno de cabalgarle. Ni el olor de los caballos ni el de los perros —mis dos grandes amores— me han incomodado jamás. Otros, sí, y mucho. El olor del caballo y el del cuero de la silla son para mí sugestivo perfume natural. Si hiciese el balance de mis noches de más apacible sueño, figurarían en primer lugar las que pasé, a los

TIEMPO PRESENTE

Por LUIS G. DE LINARES

diecinueve años, al tibio contacto de aquel caballito travieso y afetuoso que descansaba la cabeza sobre mi hombro mientras aguardaba el turno ante el abrevadero del cuartel.

Pero todo esto es pura anécdota. Lo importante, lo apasionante, era la equitación. El volteo en el picadero, los diez minutos de trote, a la inglesa, sin estribos, que, a veces, nos ensangrentaba las rodillas de tanto apretar. El insuperable goce físico de la acción. No conozco sensación comparable a la de las fulgurantes galopadas en La Zarzuela, con la cabeza pegada al cuello del caballo para no dejárnosla estrellada en la rama baja de un árbol. Ni a la del descenso por los cortados casi perpendiculares, que el caballo resolvía estirando las manos y encogiendo la grupa, con el fin de deslizarse así como por tobogán. El descenso terminaba con salto de ría e inmediata subida por una cuesta muy abrupta. Aquí, el único recuerdo triste de entonces. Un soldado que me seguía aflojó las piernas, se fue hacia el cuello del caballo, al que se asió, lo desequilibró y le hizo dar, en plena pendiente, medio salto mortal. Cayó sobre el jinete, a quien llevamos a la sombra de una encina, y allí murió en seguida, sin decir palabra, con un cerco de espuma rosa alrededor de la boca.

Buenos jefes, buenos compañeros, buenos caballos. El placer de obedecer a quienes saben más y de mandar a quienes saben menos. El placer de los soles y de los hielos. El placer también de concluir la temible guardia invernal en palacio, frente a la sierra, cubierta de nieve, cuando había que soltar los estribos que, de puro frío, quemaban los pies a través de la bota, y se buscaba para los mismos el calor del cuerpo del caballo. Nunca me ha sabido tan bien un café como el turbio recuelo que tomaba después de aquellas guardias al pie del Palacio Real. Como ninguna comida en el suntuoso restaurante parisense La Tour d'Argent, me ha sabido tan bien como el cocido que por una peseta nos servían a mediodía en una tasca que había enfrente del cuartel. La jornada concluía al anochecer con un toque de retreta tan floreado que hacía asomarse a la ventana a todas las vecinitas de las casas próximas.

¿Van a demoler el viejo cuartel del Conde Duque, ya sin caballos, sin Húsares, tristemente vacío? No es un mero caserón vetusto. Es una reliquia de nuestra historia militar, es decir, de la historia del pueblo español, ya que todos los hombres hemos sido soldados. Ahí está el recuerdo o el sueño de nuestro pasado, que tanto valor tiene para quienes no podemos ver ni soñar realmente nuestro futuro, sueño que sólo es de Dios. A la noche, el cuartel del Conde Duque se puebla hoy de sombras fantasmales, sombras leves de lo que vivió en él anteriormente. Inmensa legión de inmateriales existencias, que son las más resistentes a esa muerte total, que es el olvido.